

## IDENTITAT I CLASSE SOCIAL

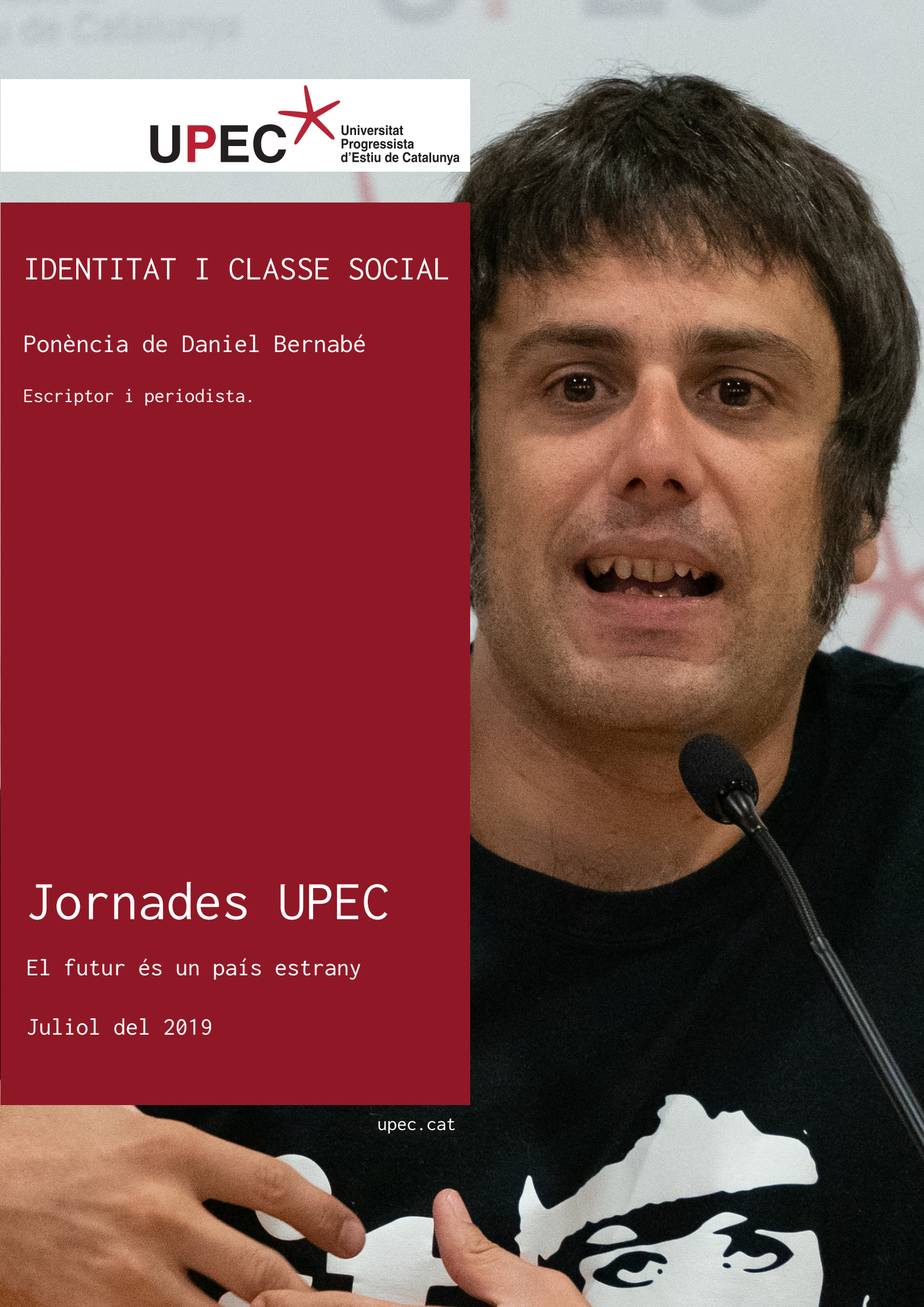
Ponència de Daniel Bernabé

Escriptor i periodista.

## Jornades UPEC

El futur és un país estrany

Juliol del 2019



**Debat:**

IDENTITAT I CLASSE SOCIAL

**Participants:**

Sara Cuentas, Gala Pin i Daniel Bernabé

**Autor:**

Daniel Bernabé

Escriptor i periodista

**Data:**

Dijous 4 de juliol

Trobareu totes les ponències de XV Jornades de la UPEC a [upec.cat](http://upec.cat)

¿Por qué unos temas tienen más importancia en el debate público que otros? Esta podría ser una pregunta interesante con la que comenzar este texto, uno que pretende resumir no sólo las posturas, dudas y planteamientos que se plantean en mi libro *La trampa de la diversidad*, sino intentar arrojar un poco de luz a un debate que se suele tratar sólo desde los síntomas -la ofensa, lo políticamente incorrecto...- pero nunca desde las posibles causas profundas.

Según escribo estas líneas, a finales de julio de 2019, leo en la prensa que Arcelor, la siderúrgica situada en Asturias, pretende reducir de nuevo su plantilla, varios bancos y entidades hoteleras plantean expedientes de regulación de empleo. En los últimos meses hemos visto cierres de empresas como Vestas, la compañía de aerogeneradores ubicada en León, que parece no encajar con el modelo de desarrollo industrial verde propuesto como solución a la desindustrialización. En Catalunya, la empresa automovilística Nissan prepara despidos, una comunidad donde se han destruido empleos a un ritmo que ya ha igualado la cifra total del pasado año.

¿Qué impacto han creado estas noticias en nuestra sociedad? Uno mínimo. Podríamos buscar el chivo expiatorio en los medios de comunicación, pero esta vez todas y cada una de estas noticias han aparecido en prensa nacional y provincial. Se diría que los ciudadanos aceptan estos reveses en torno al mundo del trabajo como una tormenta de verano, un suceso que llega de improviso, nos pilla desprevenidos y frente al que poco o nada se puede hacer.

Por contra tenemos intensos debates en el ámbito de las redes sociales y la opinión mediática en torno a temas como la importancia del lenguaje, el sujeto del feminismo o la utilización de categorías ideológicas para fines que no eran las que las vieron nacer. Estas tres categorías engloban epígrafes más amplios como a la importancia de lo cultural/simbólico, la gran notoriedad que concedemos a nuestra identidad o cómo el sistema económico ha sabido desviar el conflicto ideológico hacia sus intereses comerciales.

Antes de empezar a hacer escalas de valor, insistimos en que no se trata de situar unos temas por encima de otros. Sí dejar clara la obviedad de que parece que los conflictos en el eje capital/trabajo afectan a nuestra vida de una forma muy directa, como así suele reconocer la mayoría de la población en las preocupaciones del CIS. Entonces, ¿por qué parece que los conflictos del segundo tipo parecen inquietarnos más que los del primer grupo?

Respondamos a una pregunta con otra, ¿puede que la clave se halle en nuestro cambio de relación con la política, pasando de un interés común y de clase a uno individual y aspiracional?

Hagamos un alto en nuestro camino y vayamos al Reino Unido de 1975, justo cuando Margaret Thatcher es elegida como líder del Partido Conservador. En su discurso de aceptación, la que se convertiría en primera ministra cuatro años después, hace unas reflexiones de gran interés para entender este proceso de individualización de la política mediante la utilización de la diferencia.

Algunos socialistas parecen creer que las personas deberían ser números en un Estado computerizado. Nosotros creemos que deberían ser individuos. Todos somos diferentes. Nadie, gracias a Dios, es como cualquier otra persona, por mucho que los socialistas pretendan lo contrario. Creemos que todos tienen derecho a ser diferentes, pero para nosotros cada ser humano es igualmente importante.

En este breve párrafo se concentra el mecanismo por el que los neoliberales consiguieron transformar las desigualdades sociales en diferencias individuales, es decir, cómo se proponía que ya no había desigualdad económica como base inherente a un sistema económico, sino que los individuos, por su propia voluntad aislada de todo contexto podrían llegar a donde quisieran compitiendo entre sí. Su reverso sería la lectura de que el socialismo lo que intentaría no sería igualar a las clases sociales, sino homogeneizar a los individuos robándoles su libertad. Conceptos como esfuerzo, emprendimiento o excelencia, en principio neutrales, tomaron gran importancia en la narrativa neoliberal. La diversidad, la diferencia, comienza su reinado sobre la igualdad.

Evidentemente para el éxito de un proyecto de dominación global como el del neoliberalismo hicieron falta más cosas que un simple discurso. El esfuerzo coordinado de los poderes económicos, el espíritu de época posmoderno y grandes cambios en la estructura productiva consiguieron romper los vínculos de clase, individualizar nuestra relación con la política. Más allá, la caída de la URSS, que servía como polo de posibilidad al menos, y las sucesivas entregas de los partidos socialdemócratas hicieron el resto.

Thatcher se despidió de la escena pública declarando que su mayor éxito había sido Tony Blair. Llegamos al siglo XXI.

Si ya no nos percibíamos como clase trabajadora, aunque de facto lo siguiéramos siendo, ¿con qué se sustituyó una de las principales formas de entenderse colectivamente del siglo XX? Con algo que podríamos denominar la clase media aspiracional.

Las clases sociales no son un invento teórico, sino un hecho de la producción. Existen al margen de que las asumamos como tal. Ese asumirse colectivamente es parte de la identidad, un proceso complejo donde entran multitud de variables, desde los mecanismo

de influencia cultural hasta nuestra propia relación con lo cotidiano de nuestro entorno. Una clase pasa de existir a tomar conciencia de sí misma cuando se dan una serie de condiciones donde la ideología, la organización y la lucha revelan lo que acompañaba pero estaba oculto. El aforismo del multimillonario Warren Buffet en el artículo del New York Times *Stop Coddling the Super-Rich* resume la cuestión: «la lucha de clases sigue existiendo, pero la mía va ganando».

La clase media aspiracional, más que una clase en sí, es la mediación cultural del capitalismo del siglo XXI para lograr una identidad favorable a sus intereses. Si durante la época dorada de posguerra existía un cierto ascensor social -siempre nos referimos al entorno de la Europa Occidental y EEUU-, la propia reacción neoliberal estropeó ese ascensor para siempre, además de socavar el Estado del bienestar que otorgaba una considerable paz social. Si ya no se podía aspirar realmente a vivir mejor y se vivía peor en tu posición, la única forma de mantener la estabilidad era crear una fantasía de horizonte basada en la adquisición de estilos de vida: nadie se añadiría a ese grupo sociológico de la clase media, pero muchos pensarían que formaban parte de él.

No podemos entrar aquí, por razones de espacio, en los mecanismos de creación de esta clase media aspiracional, pero sí apuntar que la transformación durante la década de los setenta del individualismo insurreccional del 68 -no sólo francés ni político, sino sobre todo norteamericano y cultural- en una disconformidad con lo existente expresada en estilos de vida alternativos, tuvo bastante que ver. Del *hippie* se pasó al *yuppie*, de las películas del conflictivo Nuevo Cine Americano a las telecomedias de los barrios residenciales. En España, si el fenómeno se empezó a fraguar con la ética de Solchaga, se planteó abiertamente con ese tándem formado por *Médico de familia* junto al Gobierno Aznar, acabó de cuajar con la época del ladrillazo de principios de siglo XXI.

Entonces sucedió una paradoja caótica muy propia de nuestra época: si lo neoliberal había prometido que nuestra diversidad nos daría la llave de la libertad y la prosperidad, lo que había sucedido realmente es que había comenzado a homogeneizarnos a todos bajo una identidad que tenía mucho más de trampantojo que de cantidad a retirar en el banco. Se especulaba con la vivienda y las preferentes, se especulaba con la deuda pública y los fondos de pensiones, pero también con las identidades. Unos pocos años después, a partir del 2008, todo aquello derivó en la mayor crisis económica en 80 años. Lo poco a lo que se podía aspirar quebró, pero quedó la identidad aspiracional como un fantasma incapaz y sediento, lleno de angustia por una diferencia que ya sólo podría ser declarativa, simbólica, nominal.

De las tres grandes identidades que se dieron cita en el siglo XX, nacionalidad, religión y clase, la primera fue sustituida por el cosmopolitismo globalizador, la

segunda por un descreimiento materialista (vulgarmente materialista) y la tercera por todo el proceso que hemos visto hasta ahora. La angustia por un presente post-crisis falto de asideros ha hecho volver, en su vertiente más reaccionaria, al nacionalismo y a lo religioso. La clase, ausente, ha dejado espacio libre para el florecimiento de multitud de identidades que han tomado el relevo en el conflicto.

¿Cuál es el problema que ha afectado a todas esas identidades y a los movimientos políticos que dan expresión a sus reivindicaciones? Que han vuelto como compartimentos estancos, como una atomización inconmensurable incapaz de construir un sujeto político de cambio profundo, como una expresión parcial, siempre en términos culturalistas, de las mismas.

Justo aquí es donde mayor conflicto plantea esta historia, donde mayores críticas ha recibido el libro, pero sobre todo donde mayores equívocos, la mayoría de ellos sin pasar por sus páginas, una buena parte por un enconamiento irracional que da validez a lo que aquí tratamos de narrar, han tenido lugar.

No se trata, bajo ningún concepto, de expresar que los conflictos en torno a la mujer, la raza, la orientación sexual o la migración, carezcan de importancia. Ni siquiera que, aún importantes, haya que posponerlos porque "distrayan" del conflicto capital-trabajo.

Tampoco negar que los individuos somos más que nuestra clase, y que algunos de estos hechos afectan a la vida de las personas de una forma total, mediando incluso en el propio campo del trabajo.

Se trata de explicar que el neoliberalismo, en nuestra época, ha conseguido justo eso: que los individuos den siempre más importancia a cualquier hecho o identidad por encima de la clase, que esos conflictos englobados en la diversidad siempre se presentan sin sus facetas económicas y que, además, existe una competencia feroz entre los diferentes grupos causada por una angustia por la representación, único campo, después de que el redistributivo casi esté desaparecido, donde parece poder jugarse la batalla política.

El problema es que el progresismo, desde el institucional hasta el activista, una vez que los cambios de las últimas décadas del siglo XX y las primeras del siglo XXI, le privaron de la capacidad y la memoria de influir en los aspectos económicos, se centró únicamente en las guerras culturales, los aspectos simbólicos y, sobre todo, el otorgar a la diversidad, a la diferencia, un valor en sí mismo por encima de la igualdad. ¿Les suena de unos párrafos algo más atrás?

Pretender resolver este desbarajuste con palabras mágicas como "interseccionalidad", de la misma manera que el progresismo ha intentado resolver otros conjurando vocablos como "hegemonía", nos lleva a lograr una comodidad narrativa pero no entender que el principal problema es que las políticas identitarias no se pueden enunciar de la misma manera hoy que hace cuarenta años, sin tener en cuenta que ya no contamos con identidades cohesionadoras sino disgregadoras, no colaborativas sino competitivas, que además tienden hacia la atomización. Si asumimos que el sindicalismo no puede ser igual que hace cuatro décadas, que ha sido afectado por la reacción neoliberal en muchos de sus principios, no veo por qué no podemos asumir que otras expresiones ideológicas como el feminismo, el ecologismo o la lucha LGTB han corrido la misma suerte.

*La trampa de la diversidad* no es un concepto teórico, sino tan sólo una narración -una más que pretende explicar fenómenos como el desplome de la izquierda como opción electoral en toda Europa, las luchas intestinas entre movimientos que deberían ser aliados, la inutilidad de los planteamientos basados en privilegios/opresiones, el uso de lo políticamente incorrecto por parte de la derecha o la falta de concreción de las políticas identitarias que parecen acabar dañando más a quienes van dirigidas que a favorecerlos. Y sobre todo la enorme dificultad de hallar un sujeto político que integre más que disgregue.

Temas que han sido tratados antes decenas de veces desde ópticas académicas, quizá al alcance de muy pocos lectores, quizá pasando de puntillas por epígrafes que se han acabado considerando intocables y al margen del debate.

En definitiva, recordar que la labor de la izquierda no era buscar las diferencias entre sujetos, sino las complicidades entre los mismos.